

Búsqueda Interior

Carolina Garcia

BÚSQUEDA INTERIOR



Coralí

Capítulo 1

Cuando mi esposo falleció, yo rondaba los sesenta y cinco años.

A Ernesto se le diagnosticó su enfermedad hacía muchos años, y había podido ser controlada por bastante tiempo. Nuestra hija Isabella ni siquiera llegó a enterarse, pues cuando abandonó nuestra casa, él aún estaba con buen pronóstico de vida, y continuó así un tiempo más. Fue después de unos años que su salud se volvió delicada; y él, en lugar de luchar con todas sus fuerzas, mostró todo su orgullo de otra manera. No dejó verse en mal estado. Simplemente cuando supo que ya no tendría una buena calidad de vida, se entregó dócilmente.

Me encontré totalmente desconcertada, mareada. Isa propuso volver a casa, pero ya tenía su vida resuelta, con muchos proyectos y no me pareció un buen plan; preferí intentar reordenarme sola, aunque no sabía por donde empezar.

En principio suspendí las reuniones familiares grandes, que últimamente eran obligatorias más que gratificantes y elegí estar bastante tiempo a solas.

Empecé a notar cuánto tiempo me sobraba, pensaba qué iba a hacer ahora al no estar pendiente de Ernesto. Y no fue sólo por el último tiempo de enfermedad. Toda nuestra vida juntos había sido así. Su trabajo, sus obsesiones por tener todo ordenado para que funcionara de acuerdo a su gusto y necesidades, que brindaban todo nuestro bienestar, claro; o supuesto bienestar.

No tenía necesidades económicas inmediatas, pues se había encargado de dejarme ciertos ahorros; aunque, claramente, debería buscarme algún sustento para el futuro, o una nueva actividad. Y eso, hasta ahora, nunca me lo había planteado.

Esperé un tiempo, no fue inmediato, pero poco a poco fui descubriendo algunas cosas que me resultaban interesantes. Encontré que me encantaba la jardinería y nunca le había dedicado mi propia energía. Siempre llamábamos a nuestro paisajista, él elegía las plantas, sus lugares y luego el jardinero hacía su trabajo. Yo a lo sumo, daba una recorrida al final.

Comencé a observar entonces, los colores de las plantas, sus brotes, sus flores, sentir su aroma. Centré mi atención en cómo estaban combinadas en el jardín: algunas no me gustaban demasiado. Quién las elegiría? Ernesto o sólo el paisajista? No lo recuerdo.

Con el tiempo he podido tomar una decisión; a la primera que contaré será a Isa. Venderé mi casa y me iré a otro lugar alejado y pondré un vivero, estaré en contacto con la naturaleza y será mi nueva forma de sustento económico.

Elegí una chacra pequeña en el interior del país, al pie de un cerro. Una cabaña y una parcela para el vivero. Me instalé y durante las remodelaciones a las instalaciones, que son bastantes, voy conociendo a los lugareños. Qué vida tan simple, tan tranquila llevan...qué amables son. Enseguida logro una buena comunicación con ellos y formamos un equipo de trabajo. Entre varios estamos terminando el vivero, nos ha llevado bastante tiempo, pero está quedando muy lindo! es pequeño, para comenzar. Decidí poner especies de plantas y flores no muy conocidas, algunas exóticas, para vender a buen precio. La venta la va a realizar uno de ellos, pero fuera de aquí, en los pueblos de cercanía y eso me dió mucha tranquilidad. No quiero que éste lugar alejado y con tanta paz se llene de gente.

Entre las personas con las que trabajamos en el vivero hay una mujer que practica Yoga y me está enseñando a meditar. No conocía casi nada de éstas prácticas. Me fue enseñando las posturas más simples y con música suave de fondo, me guía para aprender distintas técnicas y tipos de respiración, de a poco mi cuerpo se relaja y mi mente se calma; empiezo a disfrutar mucho de esos encuentros. Hemos preparado juntas un lugar en la cabaña especial para éstos momentos; tiene un gran ventanal hacia el vivero y detrás, el cerro. La naturaleza de éste lugar unida a la conexión espiritual, parece la unión perfecta.

Pronto llegan de visita Isa, mis sobrinos y sobrinos-nietos. Estamos preparando una meditación colectiva y una especial para los niños, al atardecer, al pie del cerro, rodeados de naturaleza suprema. Algo breve, sólo una pequeña muestra.

Es hermoso recibirlos de visita! están encantados con el lugar. Es que es una belleza realmente. Muy simple, y muy bello a la vez. Los niños corren, pueden hacerlo por donde quieran. Gritan, y pueden hacerlo, no molestan a nadie. Se instalan todos, y salen a caminar, a estirar sus piernas, han tenido un viaje largo. Me quedo con Isa, está bellísima. En éste lugar, la veo radiante. Ella me dice lo mismo. "*Estamos floreciendo, má..*" Y soltamos unas carcajadas. Luego de ponernos al día con las cosas más importantes, me dice

"Vamos hasta allá, traje un regalo, pero es pesado. Está en la parte de

atrás del furgón".

Nos acercamos. Sin saber ella aún sobre mi nueva rama hacia lo espiritual, eligió de regalo una fuentecita de agua con un Buda, para ubicar en el vivero. Era realmente encantador: el Buda con una mano sostiene una vasija que verterá agua sobre otra más grande abajo, y caerá sobre una tercera en sus pies.

Me imaginé en ese momento el ténue fluir del agua, una suave brisa, el sol ya despidiéndose en mi rostro y disfrutar ese momento mágico con ellos de visita en mi nuevo lugar. Me imaginé también a Ernesto teniendo la oportunidad de compartir ese instante con todos nosotros, desde donde esté.

Nos abrazamos, había una conexión intensa, con mucho amor. Y creo que fue un regalo mutuo, que las dos recibimos.